

LUIS PERICOT.

**D. PIO BELTRAN VILLAGRASA. RECUERDOS DE
UNA AMISTAD.**

Uno de los recuerdos que han quedado más vivos en mi memoria de los felices años que viví en Valencia (1927-1933) se centra en don Pío Beltrán. Nada podría serme por tanto más grato que dedicarle estas líneas, aunque sean cortas, para encerrar cuanto me sería dable contar de deudas de gratitud contraídas por quien fue siempre un gran amigo, dispuesto, con su esposa, a sacrificar su tiempo y su esfuerzo para ayudar a un colega en cualquier trance o apuro en que se hallara. Pero no es este lugar el que entre en más detalles en el terreno de mi afecto y mi agradecimiento. Quede constancia de sus valores humanos y de su inmensa bondad y altruismo que en él y en los suyos brillaron siempre.

Al lado de ese afecto existió por mi parte una gran admiración. Conocía su obra a través de queridos colegas del Instituto de Segunda enseñanza de Reus, donde profesó durante unos años, pero no tuve trato directo con él hasta que en 1927 me trasladé a Valencia y pasé a residir muy cerca de su domicilio. El lugar de nuestro encuentro fue el Laboratorio de Arqueología que Don Luis Gonzalvo, catedrático de la asignatura, había creado en 1924 en una minúscula dependencia de la Universidad, humilde centro sin duda, pero que representó un loable esfuerzo por dar entrada en la vida universitaria de entonces, demasiado rutinaria en muchos casos, a la investigación arqueológica que empezaba a tomar forma y a encandilar aficiones en nuestro país. Sería interesante un estudio de aquel esfuerzo y de sus vicisitudes. Un día a la semana nos

reuníamos, y cada cual aportaba algún dato o algún comentario interesante. Con cierta frecuencia se organizaban excursiones a yacimientos de la región. A pesar de no ser hombre del campo, don Luis Gonzalvo, dotado de buen sentido crítico, tenía indudablemente una gran erudición. Discípulo suyo había sido mi profesor de Arqueología y Numismática el Dr. Amorós. Bajo su dirección las sesiones eran siempre interesantes, y se habían recogido bastantes materiales y muestras de numerosos yacimientos, que se guardaban bien calificados. Con él eran asiduos concurrentes el catedrático de ciencias Dr. Francisco Beltrán Bigorra, el de Derecho canónico, don Manuel Cabrera Werleta, el maestro Emilio Lluch, el gran erudito Nicolás Primitivo Gómez, el Marqués de Lozoya, catedrático de Historia de España, el Bibliotecario don José Ibarra, los eruditos Sres. Martínez Martínez y Gallego, el joven don Felipe Matéu, y, como uno de los más destacados, el entonces catedrático de Matemáticas, don Pío Beltrán, siempre dispuesto a la discusión sobre alguno de los innumerables problemas de las antigüedades de España, en especial epigráficas o numismáticas.

Sus eruditas disquisiciones ganaron pronto mi ánimo. Que aquellas me impresionaran se explica muy bien. Yo procedía de una escuela basada en una nueva y ambiciosa concepción de la Arqueología. Sin darnos cuenta tendíamos a dejar los viejos problemas de nuestra Antigüedad, que sólo se habían tratado a base de comentarios, cien veces repetidos, basados muchas veces en textos incompletos o dudosos. Conocía yo poco este aspecto de la erudición, y a través de las conversaciones con don Pío, me acercaba al mismo y tenía que reconocer que no todo podía resolverse con los datos arqueológicos. Sentía pasión por la Numismática antigua, y me gustaba oír cuanto don Pío sabía de ella, lo que además me convenció de mi ignorancia en la materia.

Mi admiración subió de grado cuando pude tener en mis manos las grandes libretas donde escribía sus observaciones y sus teorías. Desde aquel momento no dejé nunca de insistir en que debía publicar el fruto de sus trabajos, a lo que él se resistía.

Gracias a él pude comprender la enorme fuerza que en el estudio de la Antigüedad española representaba la vieja erudición de nuestros humanistas, y me dí cuenta del ingenio con que afrontaron el estudio crí-

tico de nuestras viejas ciudades, despoblados, inscripciones y monedas. En adelante sentí por esa tradición un gran respeto.

Pero a la vez, la moderna interpretación de nuestra Prehistoria y Protohistoria que yo podía representar desde las aulas universitarias (a pesar de la pintoresca paradoja de que yo explicara Historia moderna y contemporánea de España) se abría paso e iba imponiéndose en nuestras sesiones del Laboratorio de Arqueología. Y en simbiosis feliz todos aprendíamos unos de otros, y era don Pío Beltrán quien más capacitado se hallaba para captar los aspectos y tendencias renovadoras de esta ciencia.

No es pues de extrañar que en este ambiente que se iba formando ejerciera una acción decisiva la creación por parte de la Diputación Provincial, por iniciativa de don Isidro Ballester, del Servicio de Investigación Prehistórica. Por primera vez se pudo pensar en Valencia en ambiciosos planes de trabajo, y al realizarse éstos, la afluencia de grandes cantidades de materiales arqueológicos, había por fuerza de atraer el interés de los aficionados que hasta entonces habían saboreado tan sólo el gozo de pequeñas prospecciones y fragmentarios hallazgos cerámicos.

Desde el primer momento don Pío Beltrán estuvo a nuestro lado. Nos proporcionaba noticias, visitaba nuestros yacimientos, y era asiduo de nuestro Museo, y pronto pudimos también dar pábulo a su agudo ingenio, fabulosa erudición y entusiasmo incontenible. Si los hallazgos numismáticos no fueron nunca abundantes, en cambio ya en la primera campaña importante (julio 1928, en la Bastida de Mogente) apareció un documento extraordinario, la placa de plomo, con texto en ambas caras, en escritura turdetana, descubierta en una habitación, taller de aquel poblado ibérico. En este texto, único en la región por no estar escrito en la típica escritura del Nordeste, tenía don Pío tema para el resto de su vida; y en efecto sobre aquel texto ha escrito en múltiples ocasiones hasta tiempos recientes.

Pero aquello no fue sino el comienzo. Imagine el lector lo que sería la sucesiva llegada al laboratorio del S.I.P. de la catarata de inscripciones halladas en Liria, la emoción del *Gudua deitsdea*, y las polémicas encendida con los eruditos, vascos especialmente, a los que repugnaba toda asociación vascoibérica. O las turbadoras circunstancias de la aparición de un montón de textos cerca de Alcoy, entre ellos un plomo con signos, y que don Pío dictaminó con acierto desde el primer momento,

como una falsificación, y tantos y tantos episodios de una rebusca nunca agotada.

Años inolvidables para quienes participábamos en la tarea. Y ya, ausente yo de Valencia, cada nuevo viaje a ella representaba un intercambio de impresiones, en las que conocía nuevos puntos de vista o descubrimientos que él me confiaba, a veces con gran reserva, acompañados de hipótesis, en algunos casos arriesgadas.

En tanto, don Pío estuvo al frente de las excavaciones de Sagunto, en las que tanta ilusión puso. Fue para mi feliz circunstancia el poder tomar parte en el merecido homenaje que se le rindió en aquellas emotivas ruinas.

Por último quiero referirme al precioso privilegio que la Providencia le otorgó, y le ruego me perdone si entro sin su permiso en el campo de sus sentimientos íntimos. Hubo una época de su vida en que pareció que ninguno de sus hijos seguiría su senda científica, y aquella vasta erudición y aquellos montones de ideas sobre Epigrafía y Numismática hispanas no tendrían heredero. Confieso que el comprobar este hecho me dolía. Circunstancias penosas e inesperadas torcieron la primera vocación de su primogénito, y este volvió a lo que yo consideré siempre su camino natural y así don Pío tuvo por fin el gozo inefable de un hijo que continuase con toda la dedicación posible, con la natural perfección que el tiempo exige y la erudita vocación, apasionada también, que había dado a su vida un contenido maravilloso.

Nuestra afectuosa relación, siempre a punto de encandilarse con algún raro hallazgo, ha seguido hasta ahora, esto es, a través de más de 40 años, cuando ya su actividad, como la mía, parecen enfriarse con los años, aunque en realidad tal frialdad no es sino una leve cubierta que ha sedimentado la vejez ocultando el fuego intenso, la pasión, que en ambos sigue siendo la misma. ¡Cuántas cosas aprendí de él, que alimentaron mis exaltadas conferencias sobre el tema ibérico en los más distantes lugares de la Tierra!

Y aún espero, y con ello termino este breve e incompleto esbozo de la figura de don Pío Beltrán, que Dios conceda a ambos el contemplar el descubrimiento, que algún día se realizará, del documento clave para entender esos viejos textos y averiguar de una vez, cuanto de vasco habían asimilado los iberos, y viceversa.